

Año del
caballo

CLARA PIAZUELO

Primera edición: junio de 2020

Segunda edición: noviembre de 2020

Primera reimpresión: enero de 2021

Segunda reimpresión: noviembre de 2021

© Texto: Clara Piazuolo

© Corrección: ediciones en el mar

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete

Instagram: @celialopbac

www.celialopezbacete.com

© Ilustración cubiertas: Julio Linares

© Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-120371-8-0

Depósito legal: D.L. TO 145-2020

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

Para Sacha

*Quieres alejarte de la civilización para volver a una oscuridad
iluminada por las estrellas, verdad, querida.*

Joy Williams, *Los vivos y los muertos* (2001)

*The universe is not only queerer than we suppose but queerer
than we can suppose.*

John Haldane, *Possible Worlds* (1972)

PARTE 1

Devils Lake, 3 de enero del Año del Caballo

Querida Eva,

Me llamo Zo. Vivo cerca de Devils Lake, en Montana, Estados Unidos. Me gusta construir cosas con las manos, cosas funcionales y a la vez bellas usando métodos antiguos. En este lugar más vale que encuentres cosas para mantenerte distraído durante los meses de invierno si no quieres volverte loco. Mi deseo es convertirme en alguien útil para los demás, alguien a quien quisieras tener cerca cuando llegue el colapso de la civilización.

Vivo con una yegua que se llama Banana Jelly y con una perrita que se llama Dum-Dum. Me encanta la vida salvaje y la compañía de los animales. Pero hay una parte de mí a la que también le atraen las personas que han leído mucho y han ido a la universidad. Espero que no dejes de escribirme sólo porque no he leído libros. Dejé la escuela cuando tenía 16 años y desde entonces he estado ocupado en otras cosas más interesantes.

Actualmente estoy aprendiendo a forjar hierro. Mi maestro me enseña también Alquimia. No sé si es un hombre o una mujer porque nunca se lo he preguntado, cuando las mujeres se hacen

viejas les salen pelos en la barba y en cambio a los hombres se les ablandan los rasgos así que es difícil saberlo, se llama Audi.

El regalo que te adjunto es un cuchillo para cortar queso, lo he hecho con una herradura de caballo reciclada. Disfrútalo.

Saludos,

Z.

La caligrafía de la carta es inclinada y cuidadosa. Leo sentada en la escalera del rellano, no he podido esperar a entrar en casa para abrir el sobre, es de papel marrón y tiene una capa de burbujas transparentes en el forro interior. Dentro hay algo más, un paquete envuelto en cartón y cinta adhesiva. Rompo con los dientes la cinta, desenvuelvo un objeto frío y pesado. Tiene forma de hacha, pero es más pequeño, del tamaño de mi mano. Es de hierro, se adivinan las hendiduras de lo que fue una herradura, parece mentira que un material tan duro y consistente pueda moldearse. En el mango hay una Z grabada dentro de un círculo. Es un regalo precioso, precioso y amenazante.

Cuando me preguntan si me gustan los niños nunca sé qué responder. Supongo que depende. Ona tiene cinco años y unos ojos tamaño adulto, no creo que le vayan a crecer más a lo largo de su vida. El resto de la cara es diminuta e infantil, casi de bebé. Un día hizo caca en una esquina del patio. Mientras los demás niños jugaban con bloques de plástico ella se sentó junto a su caca. Esperaba a las moscas verdes. A Ona le fascina el color brillante de sus cuerpos y recién había descubierto que ellas van a la mierda. Ona me gusta. Pero no todos los niños se parecen. Igual que sucede con los adultos, hay algunos que son interesantes y otros que son mezquinos y previsibles.

El olor del colegio a mediodía es siempre el mismo, una mezcla de coliflor hervida y sopa de cocido. Tengo dos mesas a mi cargo con 15 niños en cada una. Las cocineras son las encargadas de servir la comida, yo sólo tengo que vigilar que los niños coman. La cocinera lleva el pelo recogido y un gorro blanco como de

ducha. Suda, aunque sea invierno. Lleva la camisa arremangada, los brazos enrojecidos y cubiertos de granitos diminutos. Deja una olla en la mesa y sirve el segundo plato. Un trozo de pescado blanco sumergido en salsa aguada. Los niños dicen ¡puaj! Y preguntan: ¿Qué es esta mierda?! En cambio, cuando hay croquetas con patatas fritas gritan: ¡Toma ya! ¡Yuhu!

Hoy es un día triste, lentejas y pescado. A los lentos les tengo que azuzar, si por mí fuera no comerían, pero mi supervisora se pasea entre las mesas y no me quita el ojo de encima. Los niños ponen caras de asco cuando ven sus platos rebosantes de comida marrón. Les animo a que coman, hablo de los valores nutricionales de las legumbres, les cuento que cada una de esas lentejas es como una pastilla de vitaminas concentradas que les hará más fuertes y listos. Como un charlatán de feria, hago el payaso y funciona. Pero a Patricia no hay manera de convencerla. Mira su plato como si tuviera delante un cachorrito muerto, el labio inferior le tiembla, los ojos vidriosos. El drama a punto de estallar. Mira su plato, me mira a mí, niega con la

cabeza. Observo de reojo a mi compañera, impone la cultura del terror en la mesa de al lado, sujeta la barbilla de un niño y le embucha una cucharada. El niño con la cara roja y el cuello estirado a la fuerza debe sentirse como una oca alimentada para hacer foie gras. Le digo a la pequeña Patricia que mire la escena, le digo que voy a pedir a mi compañera que venga a hacerle eso mismo, me alejo, hago ver que tengo la intención de llamar a mi compañera. Entonces Patricia coge la cuchara y la sumerge en el plato. Le sonrío, muy bien Patricia, vamos, come.

Ya se han comido el yogurt, y hacen una fila para ir al aula donde dormirán la siesta. Coloco las colchonetas extendidas en el suelo y bajo las persianas. Saben que dormir o fingir que duermen es casi lo mismo. En la penumbra me esfuerzo para que no me atrape el sueño a mí también. Estoy cansada, dormí poco. Saco el móvil y abro el chat del Meeter.

Un mensaje de Azar: Hola guapa!

Yo: hola, qué tienes en los dedos?

Azar: es sangre de mentira, es una foto de Halloween

Yo: es siniestra para ponerla de perfil ¿te funciona?
¿hablas con muchas chicas?

Azar: con pocas, pero es que sólo quiero conocer a chicas valientes ;)

Yo: buena estrategia.

Azar: eres valiente?

Yo: bueno, lo intento.. de dónde eres?

Azar: de Rusia. De Bashkiria.

Yo: Suena como un lugar mágico con caballos y dragones.

Azar: Nada de eso. Es la típica provincia rusa con mucho petróleo.

Yo: qué haces en Bashkiria?

Azar: Trabajo para Thompson & Reuters. En el desarrollo de planes de garantía de software de calidad.

Yo. Aha

Azar: te gustan los masajes?

Yo: me encantan los masajes en los pies.

Azar: te gustaría que te diera un masaje ahora mismo?

Yo: en los pies

Azar: te gustaría que te atara a la cama ahora mismo?

Yo: no creo que haga falta, ya te he dicho que me encanta que me masajeen los pies.

Azar: O a lo mejor te gustaría más atarme a mí? qué tal sería eso? atarme de pies y manos y sentarte en mi cara.

Suena el timbre que indica el fin de la hora de la siesta. Subo las persianas del aula, los niños se desperezan. Una niña china continúa durmiendo a pesar de que la luz del sol entra directa en su cara, sus ojos son dos rayitas apenas existentes. Me da pena despertarla, parece tan feliz.